

## Poéticas

La obra poética de Joaquín Gurruchaga (San Sebastián, 1910- Madrid, 2000) ha sabido hacer de la contemplación un reducto donde no caben huidas, del paisaje la familiar música en la que abismarse en la presencia de las cosas. Poeta de tardía difusión, en 1936 vio cómo el comienzo de la guerra truncaba una edición ya preparada para la revista *Héroe*, comandada por Manuel Altolaguirre. Desde entonces su inquietud creativa, en compañía de poetas como Gabriel Celaya, quien no dejó de reconocer la superioridad artística de su amigo, ha ido integrando sin estridencias los rasgos más significativos del cancionero popular, el sensualismo modernista, influencias varias de las vanguardias europeas, y las afiladas y contundentes maneras de lo que hoy se ha dado en llamar poesía de la experiencia.

Sin contradicciones en sus diversas formas, las composiciones de Gurruchaga precipitan en una serena comprensión de la arquitectura del poema. La concepción romántica que las anima tiene como resultado una poesía profundamente aferrada al hombre; poesía despojada, asedio e indagación de todos esos indicios con que el tiempo y el silencio habitan el gesto cotidiano. En continua tensión hacia la naturaleza, la obra poética de Gurruchaga traza una línea sin fisuras desde el asombro que procura el mundo objetivo, hasta su lenta interiorización y conquista, desde el paisaje descubierto hasta el paisaje revelado.

## Danza de los elementos

Sin abandonar el tono elegíaco, Gurruchaga desgrana percepciones, cumple con la detenida observancia de las formas de la naturaleza con gran sensualismo y medida musical. En su pretensión por abarcar todos los estados de un mismo elemento, se suceden en dinámica conjugación las transformaciones del agua, las danzas de la arena, el aire desde sus manifestaciones físicas a esas otras circunscritas al mito donde el más etéreo de los elementos abandona su exiguo cuerpo. Aparecen entonces álamos, que son *las formas divinas del aire*, o los silfos, personificación de un mundo aliviado al fin de su pesada materia.

Sobre estos tres elementos básicos, aire, arena y agua, fundan estas nítidas composiciones una férrea cosmogonía de las íntimas pulsiones que atraviesan lo humano. Del mismo modo, el agua se tensa entre el mar y la nube; el aire entre la brisa y el incorpóreo Silfo.

*Yo sueño con un hombre desnudo.  
Con un hombre desnudo de brisa,  
sin sueño de pestañas ni párpados  
de álamos.*

*Con un hombre desnudo  
de lombrires de tierra húmeda.  
Yo, acaso una piedra, acaso un  
pájaro.*

*Yo rey de los silfos.*

La realidad se acota en una impresión física, concreta, biográfica; asomado a un balcón, el poeta enfrenta la noche, da cuenta del tiempo en una ventana mojada, o escruta el silencio en la me-

## Poesía de la intemperie

(Las calladas conquistas de Joaquín Gurruchaga)

*El mundo es el segundo término  
de una metáfora incompleta,  
una comparación  
cuyo primer elemento se ha perdido.*

Roberto Juarroz



Joaquín Gurruchaga, junto con Jorge Oteiza y Félix Marañón en Donostia en 1986. Foto Egaña

moria de algas y tamarindos que poblaron las costas de su infancia. Después acude siempre la conocida pregunta: *¿Qué hago sentado / en esta silla. / hombre sin alma, / hombre muerto que vive?* Como si estar despierto o dormido fueran estados que el hombre alienta en la naturaleza. Gurruchaga denuncia las apariciones, de cada objeto su espectro, todos esos *reflejos de la luz sobre el agua, las colinas sin eco ni vida*, la ceguera de párpados y cortinas negando un mundo abierto, el estruendo del tiempo cuando huye clausurando el latido de las cosas. Gurruchaga se detiene en todos los instantes para asomarse a su duración, donde siempre otra faz del mundo nos aguarda.

*Son las cinco de la tarde.  
La chimenea encendida.  
El otoño, el viento, el frío,  
la lluvia en los cristales.  
En la terraza, ni un grito,*

*en los jardines, ni un pájaro.  
Lenta, desnuda y sola.  
se estremecía mi mano.*

## Conquista del jardín

En este proceso de despojamiento, la voz de Gurruchaga abandona la piel del paisaje y se ahonda, sin menoscabo del sensualismo logrado en sus primeras composiciones. El símbolo cede y el poema se afila y gana en concepto. Gurruchaga ya no sabe *lo que toca ni lo que mira*, tan sólo ve crecer *por el aire una vida que ya nada contiene*; nuestros cuerpos, *de pronto, dulcísimo, sin forma*.

Estas composiciones surgen de otra luz. Se agrupan las tardes, las noches piden ser amansadas, es preciso reconciliar a las cosas con sus sombras. Muchas las dicta el miedo; temor del alma callada de las cosas, *miedo a no ser mío, a ser destruido en un minuto de cansancio, a dejar de ser*

*Quiero cantar ahora en este tiempo mío  
al esqueleto oculto de las cosas que viven.*

Joaquín Gurruchaga

*amado*, nos dicen sus poemas. Para Gurruchaga estar en el mundo requiere de una heroica atención hacia ese *algo que inquieta y habla. / Leve y levisimo, vive ante nosotros: quietud divina, bajo cuyas manos / algo eterno nos llama desde un lugar que fue*.

Las composiciones de Gurruchaga destilan una honda intimidad, el anhelo que las impulsa desgrana la naturaleza, la hace surco. Todas sus manifestaciones se combinan en un intento por hacer comprensible esa etérea presencia que todo lo envuelve.

*Me lo has dicho en el vuelo  
de los pájaros,  
en esa nube blanca que se oculta,  
y en ese rumor largo de los bosques.  
¡Oh mar, amada y muerte,  
te comprendo!*

Cada uno de los elementos que participan en la naturaleza, las horas del día, las mañanas,

sus noches, componen los distintos rostros del mundo, porciones de existencia, que viven en íntima complicidad con el poeta. Así, al igual que sus párpados y sus manos, también los árboles y los pájaros, el mar, una desasistida naturaleza, se estrema al dictado del tiempo y el silencio: las áridas voces de la intemperie. Las composiciones de Gurruchaga son destempladas pulsiones que buscan resolver la presencia del mundo en un abrazo, que pretenden su intemperie más amable.

*¡Oh tarde que te alejas  
de mis brazos  
para volver a mi callada y virgen,  
transfigurada y nueva  
en las estrellas!*

## Conquista de las sombras

El conjunto de los poemas de madurez de Gurruchaga que abarcan el periodo comprendido entre 1982 y 1992, bajo los títulos *El tiempo, el humo, el pasado* (1996) y *Últimos poemas* (1995), revelan las formas de ese último abrazo. Palabra y memoria horadan cada instante en una denodado empeño por arrebatarle al tiempo su duración, al silencio una callada voz redentora. Se suceden secos los episodios de infancia, tenues noticias de una incipiente guerra, memoria percutida que reinventa con el sabor de lo vivido su historia. Y sin embargo, *el tiempo desvanece el humo del pasado*. Ahora las palabras proyectan sobre este poeta en continuada vigilia las sombras de las cosas, sólo los nombres recortan un difuso perfil al mundo. Vivimos en el tiempo enumerando todas estas sombras: *Ahora mi sombra me alimenta*. Los objetos *piensan cosas que no sabemos*, conquistemos la brisa de sus voces, el rumor en que desasistidos respiran nuestro mismo aire.

*Nadie conoce  
la soledad de los paraguas.  
Nadie sabe que los patios  
aman a las flores.*

*Y que el humo de una chimenea  
en invierno  
es un sonido que se desvanece  
sin ser oído.*

*No sabemos nada los unos  
de los otros.*

*No conocemos la voz  
de los armarios.  
La antigua vida de un jarrón.  
Las palabras a media voz  
de las alfombras.*

*La estúpida violencia  
de los timbres.  
Y la crueldad o ternura  
de un teléfono.*

*No sabemos nada de las cosas.*

Las Palabras son la única realidad posible, sitiada por un mundo abismado en mar, en cuyo fondo todas las cosas callan.

*Palabras instantáneas  
que nacen y no ven, que viven  
y no existen,  
sin principio ni fin, como un cielo  
que tiembla.*

*Palabras que mueren en silencio  
por la tarde,  
en las calladas ramas  
de los árboles.*

*.....  
ya solo oigo en el aire un  
endecasílabo.*

## Vanguardia o vanguardia

La conducta poética de Joaquín Gurruchaga sólo puede comprenderse desde la poesía. Un día de 1934, Lorca impartió en San Sebastián una conferencia de las suyas: música, poesía, voz arrebatada al aire. Aquella estampa le arrebató a Gurruchaga para la poesía, y por siempre. Su amigo Celaya —que componía la vanguardia de la cultura en San Sebastián, junto con el arquitecto Aizpurua, y los pintores Nicolás Leikuena, Narcis Balenciaga, o los escultores Oteiza y Sarriegui; nómina extraordinaria, en la que hay que incluir a Gurruchaga—, se encargó de copiar sus poemas, recogidos amorosamente para siempre. Y, aunque como

me dijo un día Conchita Zamacona, su compañera de la aventura total de la vida, Joaquín no consideraba los poemas de juventud, sino como “meros esbozos de su pensamiento posterior”, Gurruchaga fue poeta, entero, siempre. Su silencio de medio siglo sólo puede explicarse, como él lo explicó, por el desgarró que la guerra y todas sus miserias imprimió en su corazón y su conciencia. Negóse a tener cargo alguno mientras viviera el general que atizó la barbarie. Más silencio. ¡Qué elegancia moral la de este hombre! Oteiza y Celaya nos avisaron, día tras día, año por año, del valor de su poesía: para ambos, Joaquín era la noción misma de

poeta. La estética que Gurruchaga representa desborda por todos sus límites la figura del poeta para adentrarse en los confines de la playa de libertad más extensa que pudiera conjugarse desde la palabra. Los tiempos de su poesía conocida, ahí están en los tres volúmenes que ha publicado Calambur, en orden de aparición:

– *Últimos poemas* (1983-1992) (1995) [Prólogo de José Ortega Spottorno]  
– *El tiempo, el humo, el pasado* (1982-1992) (1996)  
– *Primeros poemas* (1929-1936) (2000) [Prólogo de Juan Pérez de Ayala]

Félix Marañón